CAPITULO LVI

Los tres premios

Acababan de sonar las tres de la madrugada en el magnífico reloj que pendía de la recamada pared de un aristocrático gabinete.

Silencio verdaderamente sepulcral reinaba en la estancia aquella.

Sólo se oía á intervalos el eco apagado de un suspiro angustioso y seco y el chasquido arrancado por la acción del fuego á sendos troncos de encina, que prestaban calor á la habitación desde el fondo de una inmensa chimenea de oscuro mármol.

Sentadas al lado de la lumbre hallábanse dos mujeres.

La que aparentaba más edad, y de cuyo lesionado aparato respiratorio surgiera aquel doloroso suspiro, especie de pregón de la muerte, ocupaba un amplio sillón.

La de menos años al parecer, dormía frente á frente de la primera en una butaca-cama.

La enferma, que no era otra que la marquesa viuda de Moratalla, velaba cuando le era indispensable el descanso.

Su doncella, que no otro cargo ejercía la durmiente, rendía culto á Morfeo, siendo así que más que nunca eran necesarios sus servicios en aquella ocasión.

Efecto de la profunda pena que llevara á su ánimo la prematura muerte de Anita, en la que tuvo tan gran parte la menguada conducta de Román, la marquesa había experimentado gran exacerbación en su padecimiento cardíaco.

La desdichada, señora, como todos los que adolecen de tan terrible afección, no podía permanecer en el lecho, viéndose precisada á estar constantemente sentada en una butaca, con la cabeza apoyada sobre unos almohadones.

En esta situación hallábase la dama, cuando según hemos dicho marcó las tres de la mañana el reloj de su gabinete.

La marquesa hizo un pequeño esfuerzo para incorporarse, pero fué imposible.

Aquella santa mujer, pretendió en vano ir á buscar por

si propia un medicamento, á trueque de no turbar el pesado sueño de su doméstica.

Este rasgo de la virtuosísima señora, hubiese bastado para hacer su apología si la marquesa de Moratalla no fuese conocida ya en el mundo como el modelo perfecto del bien y la síntesis personificada de las prendas morales más sublimes.

Al ver frustrado su intento, movió la paciente la cabeza en señal de disgusto y un golpe de tos se escapó de su garganta.

—¡Eh! ¿qué sucede?—exclamó la doncella despertándose, al par que se restregaba los ojos.

—No pasa nada;—contestó la marquesa sonriendo.—Por no molestarte me incorporé para tomar por mi misma la cucharada y esta pertinaz fatiga...

—Me hubiera llamado vuecencia...—repuso la sirviente vacilando y sin lograr serenarse por completo.—Voy al punto,—añadió,—que ya han transcurrido dos horas desde que vuecencia tomó la digital.

Y haciendo aloques como si estuviese embriagada, dirigióse á una mesa próxima; cogió de ella la copa que contenía el medicamento y presentólo á la paciente.

La marquesa apuró con dificultad la cucharada que su doncella le ofreciera.

—Vuelve, vuelve á tu sueño,—dijo la enferma á su servidora con acento de bondad suma;—pero antes entérate de si se ha acostado el señorito Román.

La criada abandonó la estancia regresando á ella poco después.

—El señorito no ha venido todavía,—repuso con frase velada y dirigiendo al par una mirada triste á la marquesa.

—¡Siempre el mismo!—exclamó ésta, elevando al cielo sus ojos, exentos de animación.

Pronunciadas tales palabras, cayó la paciente en el más profundo abatimiento.

La doncella no osó interrumpir con su charla habitual aquella escena muda, ni tuvo el menguado atrevimiento de volver á dormirse.

Ocupó de nuevo su butaca y quedóse contemplando de hito en hito á su señora.

La enferma suspiró fuertemente dos ó tres veces, secó con mano temblorosa una furtiva lágrima que cruzó por sus mejillas y clavó su mirada vidriosa en tres retratos que frente á ella estaban.

Eran éstos trasunto fiel de las figuras de su hijo Andrés, de la malograda Anita y del veterano general Vallejo.

Al recoger en su cerebro la grata impresión que aquellas pinturas le produjeran, exclamó:

—¡Oh! ¡Cuán triste es para mí que esa trinidad sublime de mi afecto, haya sido rota por la despiadada mano de la muerte! ¡Anita de mi alma!

Y articulando estas frases, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Breves instantes no más hubieron de transcurrir después de esta escena, cuando se abrió la puerta del gabinete.

Un joven, elegantemente vestido de etiqueta, apareció en la amplia habitación.

Era el libertino Román.

Sin abandonar el *claque* que en su mano traía, avanzó hasta donde la enferma se encontraba.

—Buenas noches, mamá,—repuso friamente, jugueteando con su sombrero.

—Buenos días, hijo, querrás decir,—exclamó la interpelada secamente, aunque con bastante dificultad.

—¿Sermón tenemos?—preguntó Román con notoria actitud y marcada insolencia.—Pues debo advertirte que no está el *horno para tortas*.

—Anda, hijo, déjame en paz y el cielo te guíe, que bien lo has menester...—dijo la marquesa, lanzando al libertino una mirada asaz significativa.

Este, sin preocuparse por ello, giró sobre sus talones y salió del gabinete silbando un trozo de ópera.

Al advertir la marquesa aquel descaro, repuso con tono conmovedor:

—¡Oh! ¡No puede darse indiferencia más glacial, ni conducta más infame para con la mujer que lo llevó en su seno! ¡Si una madre fuera capaz de aborrecer, le odiaría con toda mi alma! Pero no, no es posible. ¡El señor me perdone!

La enferma hizo un gesto de marcado desencanto, como si con él tratase de demostrar su falta de fuerza moral para corregir á su hijo, y entregóse de nuevo á sus tristezas habituales.

Dejémosla por un instante, y sigamos al libertino.

Una vez fuera de las habitaciones de su madre, encaminóse á las que él ocupaba.

Lleno de cólera al ver que su ayuda de cámara no le esperaba, lanzóse al cuarto ocupado por éste.

El infeliz sirviente dormía á pierna suelta sobre su lecho.

Sin pararse en consideración alguna, y dejándose llevar de su soberbia, asió á su criado por las orejas y le sacudió despiadadamente, exclamando:

—¡Canalla! Ya te he dicho que cuando esté fuera de casa has de velar ínterin yo vuelvo, aunque tarde en hacerlo un mes.

El pobre agredido exhaló una queja y quedó sentado sobre la cama, sin darse cuenta de lo que le sucedía.

Recuperada la integridad de su juicio, repuso torpemente al contemplar á su amo:

—Perdóneme el señor: estaba tan fatigado del trabajo del día, que no pude sustraerme al influjo de un sueño invencible.

Y esto diciendo, saltó del lecho.

—¡Bribón!—exclamó Román, dirigiendo á su ayuda de cámara una mirada de hiena.

Este no osó desplegar los labios, y siguió en pos de su verdugo, todo tembloroso y descompuesto.

Bien pronto halláronse amo y criado en las habitaciones del primero.

Ya en ellas, repuso Román con huraño acento:

—Cierra la puerta, beduino, y cuenta que si no me has sacado del apuro que ya conoces, te desuello como á San Bartolomé.

—Todo ha salido á pedir de boca, señorito,—exclamó el interpelado sonriendo.

—¿Encontraste al usurero en su casa?

—Halléle, y hé aquí el pagaré.

—¡Santo Dios! ¿Se contentó con las quinientas pesetas que le diste?

—Se contentó y me dió las gracias encima.

—Pero hombre del diablo, ¿quieres explicarme cómo has podido arreglártelas para cancelar con la exigua suma de dos mil reales, un crédito que ascendía á ocho mil?

—Pues hé ahí de mi ingenio: el judío se ha llevado gato por liebre.

—A ver, á ver, ¿qué quieres decir con eso?

—Como el cambista que se sitúa por las mañanas en la plazuela es íntimo amigo mío y no me niega ningún favor, fuíme hoy á verle.

—Adelante.

—Es preciso, querido Juan,—le dije,—que me prestes un servicio señalado. Tú, como hombre que maneja valores en gran cantidad, poseerás, de seguro, algún billetito del Banco falso que haya logrado hacerte tragar algún tunante de los buenos.

—Varios obran en mi poder,—contestó el cambista lanzando un suspiro;—que así acertarían los más inteligentes á calificarlos de ilegítimos, como yo soy turco: tan bien falsificados se hallan.

—Pues vengan dos de esos,—díjele á mi amigo,—y Dios premie tu buena acción. En resumen, señorito: que con el billete legal que usted me dió, y con dos expúreos de mil y de quinientas pesetas respectivamente que me facilitó mi compinche, llegué á la Sinagoga del judío y puse en sus temblorosas manos la preciosa suma.

Román saltó sobre su ayuda de cámara, y abrazándole lleno de júbilo, repuso con entusiasmo febril:

—¡Aprieta, aprieta, flor y nata de los servidores! No tengo palabras para expresarte mi agradecimiento, y de hoy más te juro que he de darte todo cuanto me pidieses.

—Con tal de que no me desoreje, me daré por satisfecho.

—Orejas de oro pondríate yo, que habría envidiado el

propio rey Midas, si las hubiera conocido. Pero oye, *barbián*, me queda un pequeño escozor.

—¿Cuál, señorito?

—¿Y si hace el demonio que el Matatías caiga en la cuenta del timo que le has dado?

—Júzgolo muy difícil.

—¿Eso crees?

—Ha de saber usía que lo que teme no puede ocurrir. Apenas entregué al judío de la calle de Ministriles los ochavos en cuestión, abrió una enorme arca de hierro cuajada toda de talegos llenos de monedas y de billetes, y mezcló con éstos los que yo le largué.

—¿De modo?...

—Que cuando se aperciba del engaño se volverá loco, y... adivina quién te dió.

—Dices bien, y no me remuerde la conciencia por haber engañado á aquel rapabolsas. El que roba á un ladrón... etc.

—Lo mismo pienso yo, señorito; sobre todo tratándose de servir á usted.

—Ya lo veo, Pascual; tu fidelidad doméstica y tu adhesión hacia mí, están más que probadas. Toma esta pelucona y que te haga buen provecho: así como así me ha costado bien poco trabajo ganarla en unión de cien más. ¡Cinco plenos seguidos!

—Si el cambista que me facilitó los billetes falsos escuchara á usía, pondríase hecho un basilisco.

—¿Por qué, Pascual?

—Porque á más de su oficio, es el tal dueño de una timba donde se cartea de lo lindo: para no comprometerse, ha puesto la casa á nombre de otro; pero él se chupa los cuartos.

—¡Ah! Entonces ya comprendo la razón que le mueve para no desesperarse cuando le dan billetes falsos.

Los jugadores no apreciamos el dinero sino en cuanto puede ser incentivo á nuestra pasión: el oro en el tapete verde es rey; fuera de allí es un esclavo á quien libertamos constantemente con muchísimo gusto.

—Usía dice verdad. Aparte de ello no hizo mi amigo el cambista sacrificio alguno al regalarme los billetes expúreos, porque según parece hasta sabe él confeccionarlos muy bien.

—¡Diantre!

—Sí, señor; por ahí afirman malas lenguas que gran parte de la no pequeña fortuna que posee es debida á haber pertenecido á una sociedad de monederos falsos.

—¡Cáspita! Pues si llega á enterarse la justicia...

—Ya sabe usía que en nuestro país hay mucho pajarraco de cuenta á quien libra Satanás de todo peligro.

—Evidente hasta la saciedad, caro Pascual; pero, en fin, sea de ello lo que quiera, es lo cierto que hoy todo me ha salido á pedir de boca. ¡Amor, dinero; la felicidad por

do quier! ¡Qué alegre estoy! ¡Si me viera el general Vallejo!...

—No lo mencione usía siquiera; S. E. pone una cara de vinagre cuando me pregunta por su persona...

—Ese viejo ridículo desearía que yo me metiese fraile, ó que fuera militar para aburrirme á fuerza de reprensiones y arrestos. Por fortuna, no ha querido el cielo que yo tenga el disgusto de complacerle; soy paisano, y no doy á las rabietas de Vallejo otra importancia que la que concedemos los jóvenes á los asuntos de los amigos de nuestros padres.

—La señora marquesa estima cada día más á S. E., y á decir verdad, parece su paño de lágrimas. No hay asunto que no consulte con el general.

—Mi madre es una bonachona y una infeliz á quien cualquiera engaña.

—Pero á usía lo quiere entrañablemente.

—Eso era en otros tiempos; ahora no hace otra cosa que reprenderme á cada instante. A bien, que yo soy hombre de mucho pecho, y digo como D. Juan Tenorio:

«Son pláticas de familia,
De las que nunca hice caso.»

Román coreó estos versos con una carcajada.

Seguidamente despojóse de su traje de etiqueta, y encerró su cuerpo en una bata de seda.

Después, con actitud sibarítica, tomó asiento en una butaca, cruzó una pierna sobre otra, y encendió un habano.

Luego articuló estas palabras:

—Interin me sirves el café, he de revelarte, buen Pascualejo, las causas de mi alegría profunda.

—Gracias á Dios,—exclamó respetuosamente el ayuda de cámara,—que ha podido usía desterrar la tristeza que le causó la muerte de la señorita Ana.

Jamás ví á usía tan apesarado, tan melancólico y tan decaído como durante el primer mes que sucedió á tan sensible fallecimiento. El rostro de usía parecía el de un cadáver.

—Tienes razón, Pascual. ¡Pobre Anita; aun la recuerdo con dolor! Pero ¡qué diantre! hay que resignarse y no va á estar uno siempre hecho un Jeremías.

—Muy bien piensa el señor.

—Sí, Pascualejo, sí; *á muertos y á idos...*

Anda, tráete por aquí el desayuno, y ya verás, ya verás si soy ó no afortunado en mis negocios.

Salió el sirviente de la habitación y volvió á poco, trasportando un magnífico servicio de café.

Sobre las tapas de las cafeteras campeaba en primoroso cincelado el blasón de la marquesa de Moratalla.

Con gran solicitud y con esa finura que distingue á los criados de las casas aristocráticas, sirvió Pascual á su amo el desayuno.

Este lo saboreó de muy buena gana; pero sin hacer caso de los exquisitos bizcochos que venian en la bandeja.

Entre sendos sorbos de Moka y prolongadas aspiraciociones del humo de su excelente cigarro, refirió Román á su sirviente una de esas historias horribles llenas de cieno, que tanto abundan en los anales del libertinaje, y en la que el aristócrata habia desempeñado el papel de protagonista.

Román llamaba conquista sublime del amor al abuso torpe, infame y criminal que pocas horas antes habia realizado en unión de otros gomosos de su ralea.

En cierto tugurio, taller de zurcido de las voluntades más livianas, habíase cometido el delito horrendo de echar suertes sobre la honra de una joven huérfana, de una niña casi, que pedía limosna por las calles de la capital.

Román asistió á aquel asqueroso certamen del vicio, y por obra de Satanás, fué el agraciado.

Así que hubo revelado el joven á su ayuda de cámara el contenido de toda aquella página de vergüenza y oprobio, preguntóle:

—Y bien; ¿qué te parece, Pascualejo; soy ó no soy hombre de sombra?

—Ya lo creo,—contestó éste con tono que tenía más de irónico que de otra cosa.

—Pues mírate en tu amo, enorgullécete en servirlo y hasta después. Voy á descansar que bien lo he menester. Venga quien venga no me llames hasta las cuatro de la tarde: ¿lo entiendes?

—Haré lo que el señor me ordena. Hasta luego.

—El cielo te guíe, Pascual.

Cerró el criado la puerta del gabinete de Román y así que se hubo convencido de que nadie le observaba, encaminóse á las habitaciones de la marquesa.

—Señora, señora,—exclamó á media voz, dirigiéndose á ésta.—Ya hemos salido del apuro.

—¿Pagaste los ocho mil reales al usurero?—preguntó la enferma al sirviente.

—Sí, señora,—respondió el aludido.

—¿Pero no habrás faltado á las órdenes que te dí, consistentes en no revelar á mi hijo?...

—Esté vuecencia tranquila: el señorito ignora en absoluto que su señora madre es la que ha pagado su deuda.

—Lo he hecho más por mí que por él. Mi nombre y el de mi familia no ha sido nunca prenda pretoria de prestamistas ni de judíos.

—Para evitarlo, y molestando quizás los maternales

sentimientos de la señora marquesa, vime precisado á revelarle la situación peligrosa en que su señor hijo se encontraba, pues que el pagaré iba á vencer.

—Muy bien obraste, Pascual, y yo agradezco tu cuidado.

—Por lo demás, puede estar la señora marquesa tranquila: ni remotamente sospecha mi amo que vuecencia es quien ha cancelado su crédito.

—Eso es lo que yo deseaba: ¿habrás inventado algún embrollo atribuyéndolo á alguien?...

—Vuecencia lo ha dicho: he formulado un capítulo de mentiras; pero se ha pagado la deuda que era lo principal y mi señor que lo sabe se halla más contento que unas Pascuas.

—Está bien Pascual, puedes retirarte.

El ayuda de cámara hizo á la marquesa un reverente saludo, y ya se disponía á abandonar la habitación, cuando volviendo á ella rápidamente,—repuso medio avergonzado.

—Me olvidaba de notificar á vuecencia que el señor me ha gratificado con una onza de oro que tengo aquí.

—¿Y bien?

—Que como mi amo me la da por un servicio que realmente no le he prestado; no creo deber aceptarla.

La marquesa se sonrió llena de gozo, al ver el rasgo de honradez de su sirviente, y le dijo:

—Guárdala, Pascual, que yo reconozco la justicia de la dádiva.

—Pero, señora, vuecencia comprenderá...

—Guárdala, repito, y no se hable más del asunto.

Hizo el criado lo que le ordenaban y salió del gabinete de la madre de Román.

Cuando el celoso ayuda de cámara estuvo sólo, exclamó, acariciando la pieza de oro entre sus manos.

—Vea usted, cómo diablos vengo yo á recibir tres premios por tres bribonadas que no he realizado.

Mi amo me dió este dinero creyendo había pagado una deuda suya en billetes falsos; *premio al delito.*

Recibí esta cantidad por haber inventado la farsa del cambista mi amigo; *premio á la mentira.*

Esta onza tiene prima por ser de Carlos III; *premio á la moneda.*

¡Oh! madre amadísima de mi corazón; recíbela en este último sentido, porque bien sabes que tu hijo no te ha enviado nunca sino el producto de su honrado trabajo.

Y besando Pascual repetidas veces la moneda, guardóla apresuradamente en lo más recóndito de su baul.

CAPITULO LVII

¡El blasón hundido en cieno!

QUINCE dias próximamente habrian transcurrido desde que tuvieron lugar los acontecimientos relatados en el capítulo anterior.

Román continuaba ejercitándose en sus malhadadas disipaciones.

La noble y virtuosa marquesa, su madre, habia experimentado algún alivio en su terrible afección.

Este, sin embargo, no era tan satisfactorio que permitiese á la enferma gozar de los beneficios peculiares á su ventajosa posición social.

La madre de Román apenas sí salia de casa, y cuando lo efectuaba, era únicamente para ir á orar en algún tem-

plo ó para socorrer con pródiga y caritativa mano al infortunio.

La marquesa se hallaba dominada por una melancolía invencible.

En su retiro verdaderamente monacal, entregábase de continuo á saborear profundas tristezas.

Los nombres de su difunto esposo el marqués y de la malograda Anita, no se apartaban un instante de su memoria y constituían, por decirlo así, su monomanía y hasta su distracción.

Realmente la pérdida de aquellos dos seres tan queridos, habían sido un golpe mortal para el ya quebrantado organismo de la marquesa viuda.

Privada de las incomparables dulzuras del amor filial desplegado en el seno de la familia (pues que su hijo Andrés se hallaba en campaña y Román harto tenía que hacer con sus vicios), la infeliz señora sumíase á cada instante en la más torturadora aflicción.

En quien únicamente encontraba la marquesa algún lenitivo á su amargura, era en su fraternal y respetable amigo el general Vallejo.

Robando un tiempo precioso á sus altas ocupaciones políticas, el anciano militar visitaba á su noble amiga con alguna frecuencia.

Pero como ya el Consejo Supremo de la Guerra unas veces, ya el Senado otras reclamaban á diario los valiosos servicios del general, no podían ser sus visitas todo lo asi-

duas que exigía el deplorable estado moral de la virtuosa marquesa.

Por su parte, Román, contribuía á hacer más triste y dolorosa la existencia de su santa madre.

Raro era el día en que la marquesa no recibiese algún anónimo denunciándole mil y mil calaveradas de su hijo, desplegadas ya en el juego, ya en el trato de esas sacerdotisas de la crápula que han saludado los franceses con el expresivo nombre de *demi-mondaines*.

La marquesa llamaba á Román á sus habitaciones; reconveníale con la mayor dulzura, hacíale ver las terribles consecuencias que tocaría muy pronto de continuar en aquel camino, y se esforzaba, en fin, por inculcar en aquella alma envilecida las levantadas ideas de la virtud, de la caballerosidad y del bien.

Por desgracia, las nobilísimas y justas aspiraciones de la marquesa no hallaron eco en el empedernido corazón de Román. La madre sermoneaba al hijo diariamente, y el hijo prometía la enmienda bajo la fe de su palabra de caballero.

Pero á poco volvía de nuevo á las andadas.

Si antes picardiaba como uno, como ciento y como mil picardiaba después.

Resultado de tan cruenta lucha: la marquesa declaróse impotente para hacer carrera del libertino. Este patentizó su falta de energía moral para seguir los consejos de su madre.

Abandonado el vicioso á los errores de su poco envidiable conducta, entregóse con más brío que antes, si se quiere, al desenfreno y á la degradación.

Aquellos tres conceptos del gran novelador francés, las *mujeres, el vino y el juego*, formaban el exclusivo ejercicio y constituían el único culto de Román.

Dejémosle empeñado en sus menguadas empresas, para ocuparnos de su bondadosísima progenitora.

Privada la marquesa de todo afecto inmediato, según hemos dicho, sólo hallaba consuelo cuando mantenía frecuente correspondencia con su otro hijo Andrés.

Era éste el reverso de la medalla de su hermano.

Honrado, pundonoroso, amante de todo lo noble y de todo lo justo, Andrés jamás había causado el más leve sinsabor á su madre, ni otra cosa hacía que responder á sus cartas con el mayor cariño, derramando en ellas verdaderos raudales de ternura filial.

Por su parte la marquesa, cada vez que recibía estas epístolas, parecía regenerarse y vencer en absoluto su melancolía sistemática.

La desventurada madre besaba con efusión estos poemas del sentimiento y vertía sobre su contenido abundantes lágrimas de gratitud.

Un día escribió la marquesa á Andrés todo cuanto le

acontecía respecto de la incorregibilidad y mala vida de su hermano.

Andrés respondió á esta carta con otra cariñosísima, en la cual manifestaba á su madre que no podía mezclarse en los asuntos de Román, porque hacía tiempo que había cortado toda relación con él.

—De ir á esa,—añadía Andrés,—veríame precisado á dar á mi hermano una lección tan *práctica* y elocuente, que no le quedasen ganas de recibirla de nuevo.

Aparte esta consideración, el militar se excusaba de hacer el viaje fundado en la razón valiosa de no poder abandonar las operaciones de la guerra á que se hallaba consagrado.

Cada vez que su hijo Andrés le escribía, intentaba la marquesa convocar á juicio á Román para hacerle ver la diferencia de conducta observada por su hermano.

Empero desistía al punto de su propósito, segura como estaba de que habría de predicar en desierto.

Tan honda fué, según hemos dicho, la convicción de la marquesa en lo relativo á la incorregibilidad de Román, que no volvió á ocuparse de sus desafueros.

En ello salió ganando el calavera; pues desligado ya en absoluto de toda traba, pudo entregarse con plena libertad á sus menguadas aficiones.

Abierto un paréntesis entre los derechos de la madre y los deberes del hijo, la mansión de la marquesa semejaba un verdadero sepulcro.

Los dias cruzaban para la enferma tristes y solitarios como un cielo sin sol.

Román á su vez no se preocupaba en lo más mínimo del abandono y tristeza de su pobre ascendiente.

Así las cosas, un suceso inesperado vino á imprimir cierta movilidad al sombrío cuadro de aquel hogar sin vida.

Una tarde hallábase el respetable general Vallejo en su casa, revisando su correspondencia.

En el rostro del anciano reflejábanse marcadamente la impaciencia y el disgusto.

Vallejo había leído ya buen número de cartas de las cuales sólo se había reservado pequeña cantidad.

El resto fué por él hecho pedazos.

Como es de rúbrica á los hombres públicos, la mayor parte de aquellos documentos no eran sino peticiones de credenciales y prebendas.

—¡Vive Cristo!—exclamó Vallejo lleno de cólera al repasar todo aquel cúmulo de memoriales.—Necesitaría España todo el oro del orbe para colocar á tanto y tanto pretendiente.

¿Pues y esto?—añadió con plácida sonrisa, tomando entre sus manos veinte epístolas lo menos.

El general tenía sobrado motivo para regocijarse.

Las cartas que había cogido eran de otras tantas damas encopetadas, las cuales le pedían billetes para las tribunas del Parlamento.

Se había anunciado que el general iba á hablar en la cámara y este era el motivo de aquellas peticiones.

—¡Tiene gracia: querer estas señoras pasarse la tarde oyendo cuestiones relativas al Presupuesto de guerra!

Las mujeres no se paran en nada.

¡Ah! se me olvidaba; ya comprendo el interés: en la tribuna del Presidente se dan dulces y helados.

Siguió el general abriendo cartas y más cartas y en su rostro reflejóse una marcada expresión de disgusto.

El veterano militar echaba de menos una de las que con frecuencia le escribía su hijo Enrique.

Y como éste se hallaba en campaña en la Rioja, la zozobra, el temor y la duda eran naturales.

Su hijo era precisamente jefe del regimiento en donde servía Andrés.

Y tanto distinguía el jefe al subalterno que, fuera de los actos oficiales y de ordenanza, considerábalo como un hermano.

Impaciente en demasía el general Vallejo, según hemos dicho, dispúsose á oprimir el botón de un timbre eléctrico.

Pero antes de que lo realizara, presentóse en el despacho un asistente.

—¿Hay más cartas?—preguntóle secamente su amo.

—Acaban de traer éstas ahora mismo.

Retiróse el ordenanza á una indicación que le hiciera el general y éste volvió á quedar completamente solo.

Entonces Vallejo fué apartando una por una las nuevas cartas recibidas.

Durante esta operación, el rostro del militar estuvo contraído; pero al fin, un rayo de profunda alegría brilló en sus ojos.

Había dado, por fin, con una carta de su hijo.

Después de imprimir sobre ella un ósculo verdaderamente sagrado, rompió el general el sobre.

Desdobló el contenido, y comenzó á leer con interés extraordinario.

Poco á poco el rostro del veterano fué tiñéndose de un tinte rosado, que se trocó luego en el color de la amapola.

Después, dos lágrimas llenas de fuego corrieron por sus mejillas, un ligero temblor se hizo visible en sus manos, y levantando en alto la carta, como un convencional el código de los Derechos del hombre, exclamó:

—¡Bravo! ¡Vive Cristo! ¡Esto es honrar el uniforme que se lleva! Mientras el uno derrama su sangre por la Patria, envuelve el otro su blasón en el cieno de todos los vicios. Voy, voy al instante; si la madre se hubiese enterado ¡oh! le costaría la vida de seguro; pero no, no puede ser.

Tomó el general su bastón y su sombrero, y encaminóse á la calle.

¿Qué había leído Vallejo en la carta de su hijo para mostrar todo aquel entusiasmo?

En la carta en cuestión, daba Enrique cuenta á su padre de un encuentro que habían tenido con los carlistas.

El bizarro teniente Andrés, hijo de la marquesa de Moratalla, había realizado en él un acto de heroismo.

Después de tomar una trinchera con su compañía, el teniente cayó herido, y en premio á su acción gloriosa fué nombrado capitán sobre el mismo campo de batalla.

El herido fué transportado á Logroño, donde se halla el depósito de éstos, y en aquella capital se encontraba á la sazón.

La salida, pues, de su casa por parte de Vallejo, no tuvo otro objeto que evitar, por cuantos medios humanos le fueran posible, el que la marquesa se enterase de la herida de su hijo Andrés.

Dada su quebrantada salud, este golpe hubiera acabado con la vida de la virtuosa señora.

Sigamos al ilustre veterano, y veamos en el capítulo entrante cómo resolvió su problema.

CAPITULO LVIII

De cómo Vallejo se convence de lo infundado de sus temores

Con la ligereza propia de un joven, ganó el espacio que mediaba entre su casa y la de la marquesa de Moratalla, llegando bien pronto á ésta el veterano general.

Llamó á la puerta de la misma, y así que le abrieron, conferenció sigilosamente con Pascual, el ayuda de cámara.

Punto por punto relató Vallejo al criado el encuentro que el ejército de operaciones de la Rioja había tenido con los carlistas, la herida que recibiera en él su otro amo el capitán don Andrés.

El general terminó su conferencia con Pascual, diciéndole estas palabras:

—A tu celo y discreción confío, pues, el secreto de este asunto. Si dado el deplorable estado de salud de la señora marquesa, llegara la misma á enterarse de la desgracia de su hijo, sucumbiría de seguro. Es, por tanto, de todo punto indispensable que cuantos periódicos, que cuantas cartas vengan aquí, los retengas, y que tu ama no los examine. No haga el demonio que en unos ú otras encuentre la señora la noticia referente á la herida de Andrés.

—Esté V. E. tranquilo, que lo que es por ese medio la señora ignorará siempre el bautismo de sangre que ha recibido su señor hijo. Nadie osará entregarle ni periódicos, ni correspondencia. Yo los detendré todos.

—Esa es tu obligación. Ahora lo único que puede temerse es que una imprudencia del señorito Román, haga inútiles nuestras precauciones. Si él supiese lo que le sucede á su hermano y viniera á contárselo á su madre, lo habríamos echado todo á perder.

—V. E. dice muy bien, señor general; pero si S. E. se dignase hablar á mi amo, se evitaría cualquiera revelación indiscreta.

—Tu amo, ¡vive Cristo!—exclamó Vallejo arrugando el ceño,—no merece la palabra más leve de un hombre de honor.

Demasiado sabes que desde la muerte de la señorita Ana, no he vuelto á cruzar una frase con Román.

Libertinos como él, hijos desnaturalizados cual tu señor que matan lentamente á su madre con su conducta

liviana, no merecen sino el desprecio de las personas decentes.

Pascual guardó absoluto silencio, quedando en la más respetuosa actitud.

Parecerá extraño que una persona de la altísima posición social de Vallejo sostuviese un diálogo tan íntimo con un criado; mas para justificar esta confianza, bastará un solo dato: la madre de Pascual había servido muchos años en calidad de ama de gobierno en casa del general; allí había contraido matrimonio, y allí también había nacido Pascual.

De suerte, que Vallejo, miraba al ayuda de cámara poco menos que como á un hijo.

Explicada satisfactoriamente esta anomalía, réstanos decir que el veterano militar dirigióse luego á las habitaciones de la marquesa.

Ya hemos expuesto la gran libertad de que Vallejo disfrutaba en aquella aristocrática mansión á causa de que la marquesa y él se querían como hermanos.

El general no pudo encontrar en situación más dolorosa á su amiga.

Detalle importantísimo que fué parte á aumentar la negra tristura de Vallejo toda vez que, desde que su sobrina murió, el general no había vuelto á levantar cabeza como vulgarmente se dice.

Pálida, demacradísima, con las extremidades presas de inflamación cruel, la infeliz señora permanecía en su butaca sin hacer el menor movimiento.

De tarde en tarde cuando pretendía incorporarse, lanzaba un agudo y doloroso grito.

Cual si punzante instrumento atravesara su corazón, la marquesa sentía en ocasiones, la proximidad de su muerte.

Luego parecía serenarse, el vértigo pasaba, y como acontece con casi todos los enfermos de lesiones cardíacas, mandaba á sus criados que abriesen los balcones, en la creencia ilusoria de que le faltaba aire respirable.

Situación tan triste como la en que se hallaba la virtuosa madre de Román y Andrés, hubiera inspirado compasión al más despiadado verdugo.

Y mucho más al nobilísimo Vallejo que quería repetimos, entrañablemente á la marquesa.

Haciendo esfuerzos poderosos para dominar su emoción el general oyó de labios de su amiga, un relato verdaderamente clínico de su padecimiento incurable.

A cada instante entre palabras de difícil articulación, con un marcado afonismo, la enferma se lamentaba de su suerte, y estrechando las temblorosas manos de Vallejo, prevenía á su amigo, su fin próximo.

—No siento más,—decía la paciente en medio de amar-

gos sollozos,—que abandonar para siempre á mi amadísimo hijo Andrés. A Román todavía le quiero; mas es seguro que cuando yo muera... tardará poco en consolarse.

Con acento tan triste pronunció la enferma estas frases, que no obstante la pena que embargaba al general, sintió éste afluir toda su bilis al cerebro.

De haberse dejado guiar por su carácter impetuoso, hubiese ido en busca de Román para despedazarlo.

Empero, Vallejo se contuvo y con elocuencia suma limitóse á prodigar á su amiga, todo linaje de consuelos.

Tal arte y tal traza se dió el noble veterano para disipar de la mente de la enferma toda idea nebulosa que cobrando la misma alientos, pareció renacer á la vida.

Logrado que hubo Vallejo su propósito, y como nada tenía ya que hacer al lado de la marquesa, despidióse de ésta, no sin ofrecerla que volvería á verla muy pronto.

La aludida agradeció vivamente este ofrecimiento, é hizo notar á su amigo cuán útiles y beneficiosas eran para ella sus visitas.

Terminada la conferencia, Vallejo abandonó las habitaciones de la marquesa viuda.

Empero, en lugar de salir á la calle, y sin que la doliente lo advirtiera, encaminóse al departamento de Román.

El ayuda de cámara siguió en pos de Vallejo.

Ya en el sibarítico gabinete del *sporttman*, repuso Vallejo dirigiéndose á Pascual:

—Voy á esperar á tu señorito, porque me temo que dada su alma de hiena venga á dar cuenta á la señora de la herida de Andrés.

—¿Me necesita usted para algo?—preguntó éste en extremo solícito.

—No; puedes retirarte; interin tu amo vuelve, me entretendré en examinar este museo de curiosidades científicas. Que la señora no se entere de que espero á su hijo, y que en cuanto éste llegue le conduzcas desde la puerta directamente aquí.

—El señor general puede estar tranquilo, que su orden se cumplirá al pié de la letra.

Salió el criado de la estancia, quedando Vallejo en la misma.

Así que estuvo completamente solo, se dijo:

—La amistad y mis años me autorizan para examinar todos *los tesoros* que aquí guarda ese mequetrefe. Veamos.

Abrió el general un magnífico álbum que Román tenía sobre la mesa, y volvió á cerrarlo con indignación.

El rostro del veterano militar cubrióse del propio matiz de la grana.

A pesar de su larga experiencia en achaques de mundo, y no obstante ser Vallejo un hombre profundamente conocedor de las pasiones y de las debilidades de la juventud, no pudo menos de avergonzarse ante lo que había visto.

[illegible] lo que importa....

—Hable usted, señor Salcedo.

—Es de todo punto ineludible cumplir con el [illegible] deber de administrar á nuestra [illegible] espirituales.

—¿Los ha reclamado ella?

—Momentos antes de llegar usted, general, haciendo á la vez otra petición.

—Pues satisfagamos sobre todo la primera.

Vallejo oprimió el botón de un timbre y el ayuda de cámara Pascual presentóse en la estancia.

—Es indispensable,—exclamó el anciano balbuceando, -que se disponga todo lo preciso para que á la señora marquesa se le administre el Santo Viático con la mayor solemnidad.

El sirviente bajó la cabeza y no osó articular la más leve palabra.

—Avisa á los amigos, ve á la iglesia; haz, en fin, cuanto juzgues oportuno para que el acto revista la mayor brillantez posible.

El médico interrumpió al general, y sacando el reloj, dijo:

—En cuanto á la hora... me parece que podría darse Su Divina Majestad á nuestra amiga á las nueve de la mañana.

—Lo que usted crea más prudente, mi buen doctor.

—Esto será lo más acertado; pues en mi sentir, la enferma no llega al medio día.

Vallejo suspiró angustiosamente, y reanudando el capítulo de sus disposiciones, exclamó, dirigiéndose al ayuda de cámara:

—Todos vosotros asistiréis al acto con hachas encendidas y vestidos de frac.

Es el último tributo de respeto que vais á rendir á vuestra infeliz señora.

Pascual no pudo ya contenerse, y cayendo de rodillas ante el anciano, gritó, presa de aflicción desgarradora:

—¡Por lo que más ame vuecencia, no me obligue á ver morir á mi ama!

Era mi segunda madre; la madre de los pobres; no puedo, no puedo resignarme á verla partir.

Con acento tan lastimero pronunció Pascual estas frases, que Vallejo le abrazó, exclamando:

—Tienes razón, hijo mío, tienes razón: hombres como tú merecen todo el cariño de las personas honradas. Has sido el más fiel servidor de la enferma. Mientras yo viva no te faltará nunca un pedazo de pan.

El anciano militar y el ayuda de cámara quedaron unidos en estrecho abrazo.

Viendo el doctor tan interesante grupo, no pudo menos de decir:

—¡Cuán hermosa es la democracia del sentimiento, que iguala todas las jerarquías en los indisolubles lazos de la caridad y de la gratitud!

Unos instantes de silencio elocuentísimo sucedieron á esta escena.

Pascual seguía llorando, al ver lo cual repuso Vallejo en tonos de reprensión cariñosa:

—Vamos, vamos, es preciso serenarse; de continuar así, todo el mundo resultará inútil en esta casa. El cielo dispone llevarse á nuestra amiga y no hay más remedio que tener resignación. Anda, Pascual, á llenar tu triste cometido y que permanezca en tu lugar ese antipático de Martín.

El ayuda de cámara enjugóse los ojos y salió á cumplir las órdenes de Vallejo.

Solos ya éste y el doctor, repuso el último:

—Lo segundo que ha solicitado la enferma es dar el postrer beso á sus hijos.

Con gran premura volvió el general á herir el timbre.

—En seguida, que venga aquí el señorito Román,—exclamó el anciano enérgicamente dirigiéndose al criado que se presentara.

Iba ya á responder el mismo, cuando fué interrumpido de súbito.

Una doncella, presa de gran agitación y descompuesta toda, apareció en la estancia.

—¡La señora,—exclamó temblando,—acaba de sufrir un nuevo ataque y creo que en él se queda! ¡No me abandonen por Dios!

El general y el médico lanzáronse á la alcoba de la enferma, efectuándolo con la propia velocidad del viento.

CAPITULO LXI

¡El último adiós!

Detengámonos un instante en la contemplación de un cuadro espléndido por demás y solemne.

El honradísimo Pascual, sin dar tregua á su pena, parecía multiplicarse.

En el breve espacio de dos horas notificó á las infinitas relaciones de la marquesa el tristísimo acto que iba á tener lugar.

Como la enferma gozaba de universales simpatías en el gran mundo, la sensible nueva de su estado fué recibida con unánimes muestras de dolor.

Las damas más linajudas y los caballeros de más alto rango, dispusiéronse á asistir á la imponente ceremonia de administrar el Santo Viático á la marquesa.

Y para que el acto revistiera los caracteres de un verdadero acontecimiento, cuantos aristócratas ejercían cargos públicos prometieron acompañar al Viático vestidos de uniforme.

La paciente poseía la banda de Damas nobles de María Luisa, razón por la cual dispuso Palacio que una comisión de mayordomos de semana y de gentiles-hombres concurriese al acto en representación del monarca.

Todo este conjunto brillantísimo de magnates, empleados palatinos y grandes de España, había sido citado en el palacio arzobispal.

El primado de Toledo que era gran amigo de la marquesa habíase ofrecido á administrarle por sus propias manos la Eucaristía y la Extremaunción á la par.

De suerte, que nada exagerado decimos al afirmar que el suceso en cuestión habría de formar época en los anales de la corte.

Dejemos á unos y otros acudir al llamamiento del prelado y volvamos junto al lecho de la paciente.

Apenas hubo advertido la misma al general y al doctor, repuso con respiración entrecortada.

—Me muero. Amigos del alma, encomiéndenme á Dios en sus oraciones y no me olviden nunca; ruego á ustedes que me den su perdón; porque... yo perdono... á todo el mundo.

Ni el doctor ni Vallejo, respondieron una palabra: tan honda era la emoción que embargaba sus espíritus.

La marquesa hizo á Vallejo un signo para que se acercara, lo cual efectuó éste, procurando reprimir sus lágrimas.

—Qué venga mi querido Román;—exclamó penosamente la moribunda.—En cuanto... al pobre Andrés, ¡ay! á ese ya no le veo: le... besaré... desde la Eternidad.

Como herido del rayo salió el general de la estancia.

—¿Dónde está el señorito?—preguntó anegado en llanto el sustituto de Pascual.

—Mi amo ha ido á desempeñar un asunto urgente.

—¡El cráneo te deshago de un pistoletazo, si me niegas la verdad!—rugió Vallejo, lleno de cólera.

—Cierto es lo que digo, señor.

—¿Dónde está Román?—gritó el anciano con doble furia, lanzando al cuello del sirviente sus hercúleos brazos.

—Cálmese vuecencia que yo diré exactamente lo que ocurre.

—¡Ah! ¿Tratabas de engañarme, villano? ¡Tan canalla eres tú como tu señorito! ¡Menguado! Díme donde se halla ese pillete; ¿no ves que se muere su madre?

—Pues á qué ocultarlo, señor; mi amo está de broma en el campo con unos cuantos compañeros y *algunas amigas*: como cuando se fué su ilustrísima, la señora marquesa se encontraba mejor...

—Aunque así fuera; la gravedad de la enferma viene acentuándose cada día más, y sólo á un hijo sin entrañas

puede ocurrirle abandonar el sagrado lecho de una madre que sufre. ¡Oh! Ese asesino va á permitir que muera sin verle la santa que le dió el ser.—¡Es un mónstruo, sí, es un mónstruo desnaturalizado!

Al terminar esta exclamación, la doncella de la marquesa vino á llamar á Vallejo.

El general regresó á la alcoba bien pronto.

—Yo hubiera... deseado,—exclamó la enferma con voz cada vez más débil,—yo hubiera querido... que mi familia... entera... hubiese estado aquí al recibir yo á su Divina Majestad; ¿pero mi hijo... dónde está mi hijo?

Mientras pronunciaba la paciente estas frases, se oyó á lo lejos el argentino timbre de una campanilla.

Era el Santo Viático que se acercaba.

Contemplando Vallejo aquel cuadro horrible y la criminal ausencia del libertino Román, dió al traste con su militar entereza y comenzó á llorar de ira y de lástima.

—¡Presto!—gritó saliendo de la alcoba y dirigiéndose al recibimiento.—Por cualquier dinero que sea, que se busque á don Román: lo exijo, lo mando ¡voto á cien bombas!

En este instante abrióse la puerta de la escalera para dar paso al Rey de los reyes. Un joven vestido de uniforme apareció en el umbral.

—¡Andrés, hijo del alma!—gritó espantado Vallejo, cayendo en brazos del recién venido.—¡Tú, tú aquí!

El hermano del calavera, restablecido ya de su heri-

da, venía á pasar unos cuantos días con su familia, antes de reincorporarse á su regimiento.

Revelando en su semblante el placer más hondo, el capitán don Andrés preguntó repetidas veces por su madre.

Pero su extrañeza creció de punto cuando arrastrándolo casi el general, llevólo á una habitación inmediata.

El capitán, sin acertar á comprender lo qué ocurría, preguntó con singular naturalidad:

—Pero ¿por qué no se me deja abrazar á mi adorada madre?

En aquel momento oyéronse las campanillas del Viático que penetraba en la casa.

—¿Qué sucede aquí?—preguntó Andrés un tanto sobresaltado.

El general, haciendo un soberano esfuerzo, repuso sollozando:

—Es menester que te armes, amadísimo Andrés, de más valor que el que has tenido en todas las campañas.

—Pero ¿qué pasa?—volvió á preguntar el capitán poseído de visible temblor.

—¿Oyes esa campanilla? ¡Es... es el Santo Viático para tu madre que muere! en cuanto á tu hermano... no se sabe dónde está.

—¡Madre adorada!—gritó don Andrés en medio de una explosión de llanto horrible, llevándose las manos á la cabeza como un loco. ¡Quiero verla, quiero besarla, tengo derecho á ello! ¡atrás todo el mundo!

El capitán iba á lanzarse fuera de la estancia, pero entre el general y Salcedo, que había salido de la alcoba de la enferma, pudieron contenerle.

—¡No hagas un disparate, Andrés!—exclamó Vallejo sujetando á su amigo;—una emoción fuerte podría abreviar las horas de vida que aun le restan á tu infortunada madre, y ya ves cuán terrible no sería tu responsabilidad.

Andrés, deshecho en lágrimas, exclamó:

—Bueno; no me presentaré á mi madre adorada; pero por el cielo suplico á todos me permitan estar cerca de ella mientras recibe al Señor.

El legítimo deseo del capitán, fué satisfecho.

Vallejo penetró nuevamente en la alcoba de la enferma: don Andrés fué á situarse tras un amplio cortinón que cubría la puerta de escape de aquélla.

Jamás pudo verse dolor tan íntimo como el que dominaba en aquellos instantes al hijo de la moribunda.

A todo esto, los amplios y ricos salones de la marquesa de Moratalla, habíanse ido llenando poco á poco de palaciegos y magnates, de diputados y de senadores, de damas linajudas y de sirvientes vestidos con sus más lucientes libreas.

Todos llevaban hachas encendidas en las manos.

Los viandantes cayeron de rodillas y entre espesas columnas de incienso odorífico, apareció bajo palio el arzobispo de Toledo.

Precedía al Primado la cruz alzada, signo de su jurisdicción, y casi todo el clero parroquial de la corte.

El palio era conducido por ocho Grandes de España y daban al Sacramento la guardia de honor seis individuos del Real cuerpo de Guardias alabarderos.

Andando así y al pronunciar el salmo davídico: *Si iniquitatis observáberis Dómine, Dómine qui substinebit,* llegó el clero junto al lecho de la enferma.

Avanzó el Primado y con gran solemnidad administró á la marquesa la sagrada comunión.

Don Andrés que lo veía todo tras de la puerta de escape, hundía su alma en el dolor más horrible, y no hacía otra cosa que pedir al cielo por su madre.

Vallejo lloraba también, y se estremecía como un epiléptico.

El doctor Salcedo de hinojos, se entregaba á profundas abstracciones.

Tras la Eucaristía se impuso á la marquesa la Extremaunción.

Realizado esto, el Arzobispo hizo la recomendación del alma de la paciente, y después de otorgar á la misma las indulgencias concedidas por Benedicto XIV á los moribundos, dióle la bendición papal.

La comitiva se retiró en el mismo orden que había guardado al dirigirse á la casa.

Una vez solos en la estancia de la enferma, Vallejo, el doctor y las doncellas, la marquesa, que había recibido al Señor como una santa, exclamó:

—Me muero, pero estoy más tranquila; lo único que deploro es abandonar este mundo sin haber podido dar el último beso á mis hijos. ¡Cuán triste es tener hijos y no hallar quien le cierre á uno los ojos!

—¡Eso nunca, eso nunca!—gritó don Andrés precipitándose sobre la enferma.—¡Adiós para siempre, madre amantísima de mi corazón!

El capitán quedó abrazado fuertemente á la marquesa, y ésta clavando en su hijo sus ojos sin vida, exclamó con voz imperceptible:

—¡Andrés, alma de mi alma! ya muero... contenta; ¡que... el cielo te... ben...diga!

La marquesa contrajo un poco el rostro y quedó completamente inmóvil.

—¡Muerta, muerta!—rugió Andrés mientras le separaba Salcedo del lecho.—¡No puedo... no puedo más!

Pero en tanto se arrancaba el cabello de desesperación lanzaba horribles carcajadas nerviosas, último grito de esperanza latente en el corazón de todo hijo que ha amado verdaderamente á su madre.

CAPITULO LXII

Las consecuencias del mal

El sepelio de la infortunada marquesa de Moratalla se verificó con inusitada pompa.

Toda la aristocracia madrileña asistió al acto, rindiendo de esta suerte el último tributo de afecto y simpatía á la que fué en vida verdadera madre de los pobres.

Omitiremos, para no cansar al lector, los detalles de esta triste al par que suntuosa ceremonia, y volveremos nuevamente al espléndido palacio de la muerta.

Durante las negras horas que precedieron á su inhumación, Andrés no quiso separarse del cadáver de su madre.

Todos cuantos consejos, todas cuantas indicaciones que al nuevo capitán adujeran Vallejo y su hijo el coronel don Enrique, para alejarlo del lado de la difunta, fueron perfectamente inútiles.

—¡Vas á matarte, vas á caer enfermo!—exclamaba el anciano senador, fingiéndose enojado.

—No lo crea usted, mi general,—respondiale Andrés con gran entereza.—Cuando espiró mi madre, creí que no podría soportar golpe tan rudo; pero parece como que el cielo se encarga de reconstituir el ánimo en los crudos instantes de la adversidad.

—Tú no estás en lo firme,—objetaba á don Andrés el senador;—lo que acontece es que Dios lleva siempre la tranquilidad á la conciencia de los que han sido hijos virtuosos y amantes.

Las palabras de Vallejo caían en el corazón apenado de don Andrés, como fecundantes gotas de saludable rocío.

Lo único que torturaba el alma del capitán era la conducta infame y menguada de su hermano.

Quince días hacía que el libertino faltaba de su casa sin que nadie supiera de él.

Empero había de llegar el instante de la vuelta al hogar mortuorio, y llegó en efecto.

El capitán don Andrés había dicho varias veces á grito pelado á cuantos quisieron oirlo, que cuando regresara Román, le advirtiesen no se le presentara de pronto, pues

no respondía de dejar en sus desvanecidos cascos las huellas de su bien templada hoja toledana.

Así que el ayuda de cámara Pascual que, á más de sus excepcionales virtudes, reunía la de ser el dique obligado en todas las borrascas de aquella mansión, dispúsose á evitar el primer encuentro entre los dos hermanos.

Al efecto; nadie abría la puerta de la escalera más que él; nadie velaba más que su propia individualidad; todo con objeto de advertir á Román cuando llegase el justo y merecido *premio* que le esperaba.

Cinco días habían transcurrido desde el sepelio de la infortunada marquesa, cuando una mañana muy temprano oyóse un coche que se detenía á la puerta de la casa mortuoria.

Pascual se precipitó por la escalera con la misma rapidez del rayo.

El que había llegado no era otro que el libertino.

Al ver á su ayuda de cámara vestido de luto, al advertir media puerta cerrada, al contemplar, en fin, todo aquel cuadro de matices sombríos y lúgubres, mostróse Román sorprendido y trató de inquerir que ocurría.

Pascual, entonces, reveló á su amo con las lágrimas en los ojos, la horrible desgracia que pesaba sobre su frente, y la justa indignación de que se hallaban poseídos tanto don Andrés como el general Vallejo.

Román, que era un tuno de primera, comprendió que algo había de hacer para dulcificar en parte la crudeza de

su mala acción; y apelando á los recursos de una mímica que hubiese envidiado el mismo Talma, hizo como que le daba un síncope.

Luego pidió que le sirvieran unas cucharadas de mixtura antiespasmódica y llamó en su auxilio á cuantos criados en el portal de la casa había.

Repuesto Román de su meritísima farsa, subió á sus habitaciones acompañado de Pascual.

Penetró en su gabinete y con la mayor precipitación vistióse de riguroso luto.

—Voy á ver á mi hermano,—dijo luego al ayuda de cámara.

—Advierta usía...

—Nada que advertir tengo; yo daré á Andrés mis disculpas, y quedará convencido de que tanto como él he sentido la desgracia de mamá.

—Pero es que...

Román no hizo el menor caso de las indicaciones de su sirviente, y dirigiéndose al despacho que, próximo á su alcoba, ocupara en vida la marquesa de Moratalla, encontró en ella al capitán...

—¡Hermano; hermano mío!—gritó el libertino intentando lanzarse en los brazos de Andrés.

El militar irguióse majestuosamente y cerrando los puños, lleno de cólera, repuso:

—Ni yo soy nada de usted, ni usted es más que un miserable.

—Observa...

—Su madre de usted ha muerto; y el vicio y la crápula no han permitido á usted estampar en la frente bendita de la que nos diera el sér, el último beso.

—Debo advertirte que cuando yo fuí á la jira, mamá se encontraba relativamente bien.

—Ni eso es verdad, ni usted es más que un envilecido canalla.

—¡Andrés!...

—Lo dicho, dicho queda: usted no es capaz de sentir á su madre, ni de consagrar una cariñosa lágrima á su buena memoria.

—El mismo luto que llevo en el cuerpo por ella, lo traigo en el corazón.

—También el verdugo se viste de negro para ejecutar á su víctima.

—Mira lo que hablas, Andrés.

—Lo que debe usted procurar es que hable y no *practique*.

Román, que á fuer de hábil espadachín, nada de cobarde tenía, sintió, al oir á su hermano, que la sangre se le agolpaba al cerebro.

Hizo un movimiento de cabeza, como cuando sacude su melena el león, y levantando su voz cuanto pudo, gritó con toda la potencia de sus pulmones:

—¡Si te has figurado, Andrés, que porque vistes una *librea*!...

—¡Menguado!

—Vas á causarme miedo, te engañas villanamente.

—¡Voy á deshacerte el corazón!

—Eso lo veremos cuando tú quieras: por el pronto, ínterin se deslindan nuestros mutuos derechos, sabe que como el hermano mayor, como el primogénito de mis padres, te arrojo desde este momento fuera de esta casa.

—¡Cobarde!—gritó lleno de bravura el capitán, intentando abofetear al libertino.

—¡Detente, Andrés!—exclamó una voz reposada y solemne.

Era la de Vallejo, que había estado oyéndolo todo desde la habitación contigua.

Los dos hermanos quedaron como estatuas, mirándose y sin desplegar los labios.

El general entonces tomó la palabra, exclamando:

—¿Qué ha pasado aquí?

—¡Ese infame, que ha matado á su madre con sus extravíos, me echa de mi propio hogar!

—¿Es cierto eso?

—Ciertísimo,—repuso Román con energía y sin detenerse.

—Me alegro saberlo,—exclamó Vallejo al punto.—Andrés, desde este instante te invito á que ocupes una habitación en mi casa.

—¡Oh, mi general!

—La atmósfera que produce el trato de ciertos hombres, envenena.

—¡Caballero!—exclamó el libertino en actitud amenazadora.

—Deténgase usted,—repuso Vallejo con el brío de un Alejandro.

—Es que...

—Mis palabras no las retiro nunca.

—Me queda el derecho,—rugió Román con inusitado coraje,—de exigir á usted una reparación en buena lid.

El anciano senador sonrióse tristemente, empero reponiéndose de súbito, exclamó, dirigiéndose al libertino:

—Con los hombres de bien, puede uno medir sus armas. A los cuervos se les deja, para que tiendan sus negras alas sobre los despojos de sus víctimas. Partamos, Andrés.

El capitán obedeció al punto.

Román no osó ya añadir más palabras, para no agriar la cuestión, como vulgarmente se dice.

Algunos días transcurrieron desde la escena precedente.

Durante los mismos, Román no hizo otra cosa que escudriñar cuantos armarios, cajas y *bureaux* su madre poseyera.

En ellos encontró el libertino gruesas sumas de oro y magníficas joyas con que apagar su insaciable codicia.

Empero lo que á Román interesaba sobre todo, era entrar lo antes posible en posesión de su cuantiosa herencia.

A este fin, apenas pasado el novenario de la muerte de la marquesa, el libertino escribió á su hermano, que aun seguia en casa de Vallejo, diciendo que era necesario proceder á cumplir el testamento de la difunta y á la partición de bienes y demás.

La respuesta de don Andrés no pudo ser más lacónica.

En ella decíale al calavera:

«He nombrado, para que me represente en este negocio, al abogado del Ilustre colegio de Madrid D. Rafael Mendizábal, y con él debe usted entenderse.

. . . . . .

. . . . . .

Tales eran las causas fundamentales que habian puesto término al trato entre los dos hermanos, según anteriormente tuvimos ocasión de indicar á nuestros lectores.

CAPITULO LXIII

La casualidad al servicio de los que desconfian del trabajo

No causó en Román la pérdida de su madre el doloroso efecto que en todo buen hijo causa una desgracia tan irremediable, cuyos efectos experimentan á medida que el tiempo va presentándolos.

Es verdad que aquél no habia dado nunca á su amor filial una gran expansión; acaso no existió nunca; por lo menos estuvo supeditado á otros afectos que no hablaban muy alto en favor del joven.

Ni aun experimentó el cruel torcedor del remordimiento, toda vez que la causa primordial de aquella pérdida eran los disgustos sin número que la pobre señora sufrió al ver que la conducta de su hijo pudiera dar origen á su eterna desgracia.

Esto era natural.

Román se creía inocente, suponiendo en su madre una gran susceptibilidad, y falta de indulgencia para las faltas que todo joven comete cuando empieza á vivir.

Sólo que aquellas faltas iban á degenerar en crímenes.

Su madre lo comprendió así.

Por eso vió en su muerte un bien que Dios la hacía, privándola de ser testigo presencial de una gran ignorancia.

La posición de Román adquirió importancia.

Esto le hizo tomar la muerte de su madre como un bien.

Heredó una gran parte de su fortuna, y además el título de marqués de Moratalla, que usaba aquella desde el fallecimiento de su marido.

Pero, según la nueva fase en que entró su existencia, las personas que le trataban con intimidad, hacían tristes horóscopos sobre su porvenir, según la prisa que se daba á gastar, y su empeño loco en competir con personas que tenían una fortuna mil veces superior á la suya.

Montó su casa con arreglo á las exigencias de la moda cuando se ajusta al *confort* moderno, aumentó el número de sus criados, precisamente cuando eran menos los que

necesitaba; tenía trenes magníficos y caballos costosos que lucir en el paseo, y queridas, que eran una muestra de su ostentacion en teatros y reuniones.

Menudeaban las partidas de caza y de *tresillo*, las comidas en su casa, donde exhibía los talentos culinarios de los más caros cocineros, que no suelen ser los mejores, y sentaba á su mesa lo más selecto en política, literatura y artes.

Su nombre era citado en los círculos donde el dinero es la mejor carta de recomendación; sobresalía por su gusto en dar empleo á su fortuna; tanto y aun más que por su lujo de Sardanápalo.

¡Aquella fortuna, amasada por sus abuelos con tan sabia economía!

Pero no llegaban á su oído ciertas frases de sus *mejores amigos*, de los que más le ayudaban á gastar... frases, que á pronunciarse delante de él le hubieran proporcionado saludables advertencias, para que cuidara un poco de su porvenir.

Al verse invitado para una fiesta, alguno de ellos solía exclamar:

—¡Pero todavía dura esto! ¿Aun tiene dinero el marqués? ¡Se retrasa más de lo que yo creía el momento de su ruina!

—¡No tardará!—contestaba otro.—¿Crees que el señor marqués de Moratalla no nos dará dentro de poco *candela* en el Prado para encender el cigarro, como hoy nos da convites?

—¡Al paso que va!...

—Anoche perdió diez mil duros en casa de la viuda del intendente.

—¿Estás seguro de que los perdió?

—Por lo menos se quedó sin ellos.

—¿Quién *tallaba*?

—Ese caballero tuerto que hace el amor á una de las niñas de la casa.

—Entonces lo comprendo; ¡tiene unas manos ese señor!...

—Como que creo que ha hecho juegos de prestidigitación en el extranjero.

—Sí; y á consecuencia de uno de ellos, que hizo *con poca limpieza*, le estropearon un ojo en un duelo.

—Por lo que hace á Román, he oído que tiene ya deudas.

—No me extraña; por lo que calculo que esos convites y esas fiestas son el último canto del cisne.

¡Já!... ¡já!...¡já!... ¡pobre diablo!

Este era el juicio que el joven marqués merecía á sus *íntimos*, por más que no llegase hasta él.

Pero esto no era obstáculo para que se le ocultase el estado de su fortuna.

Había tenido que hipotecar un monte que poseía en Guadalajara.

Era prestada la vajilla que usó en el último banquete, pues la suya se veía por papeleta en el Monte de Piedad... aquella vajilla de plata que sus abuelos lucían en las grandes solemnidades, ante algún magnate de Carlos IV, ó algún Consejero de Indias, casado con una *donna* de María Luisa, tal cual covachuelista y algún veinticuatro de Sevilla, que había venido á cruzarse en la Orden de Calatrava.

No podían imaginar que sirviese alguna vez para sostener locuras de algún individuo de su familia.

Román conocía mejor que nadie el estado de su casa; pero lo conocía tarde.

Su fortuna estaba casi agotada á los dos años de la muerte de su madre.

Sin embargo, podía reponerla con el trabajo, en combinación con una bien entendida economía.

¡Trabajo, estando acostumbrado á la holganza dorada!

¡Economía teniendo el hábito de dispendiar!

No había nacido para eso.

Era lo que entonces se llamaba un mayorazgo.

Los mayorazgos no sabían hacer nada, confiados como vivían desde niños en la herencia paterna, que les aseguraba íntegra un derecho absurdo.

El segundón era el que tenía que ingeniarse, y buscárselas.

Por eso Andrés se había elegido una carrera honrosa,

á la que debía el presente, y confiaba en que le asegurase el porvenir.

Sus buenos propósitos se vieron recompensados

Un hermano de su madre, al morir le hizo donación de unos cien mil duros.

Pero fué más tarde, después de la ruina de su hermano, que no pudo evitar... y tal vez no lo hubiese hecho, aunque pudiera.

¿Con qué derecho pide auxilio el hombre que pone fuego á su casa?

Bien es verdad que Román, conociendo esto mismo, no pensaba pedírsele á nadie.

Esto hubiera sido dar su brazo á torcer, como se dice vulgarmente, y él era demasiado orgulloso para confesar lo precario de su situación aun al que pudiera remediarla.

Se bastaba á sí solo; pero era necesario no descuidarse, porque el tiempo apremiaba.

En tales situaciones es malo recurrir al crédito; esto equivale á confesar tácitamente su ruina.

El que abusa del crédito prepara la bancarrota.

Y la bancarrota es el *sálvese el que pueda*, que da el que ya no puede afrontar el peligro.

Román era audaz y perezoso al mismo tiempo.

El que posee aquella cualidad y este defecto, confía más que otro alguno en lo imprevisto.

La casualidad sale algunas veces á su encuentro, como sucedió con Román en aquella ocasión crítica de su vida.

Valióse para ello de un antiguo compañero de estudio.

Luis Carrando y él habían formado estrechos lazos de amistad, siendo adultos.

Era oriundo de Méjico, donde su padre tenía una gran casa de giro.

Educábase en la corte, pero antes de emprender una carrera tuvo que ausentarse de la península por una desgracia de familia, y pasar algunos años en la capital del imperio de los Moctezumas.

Al cabo de algún tiempo vino á Madrid, y en una reunión se encontró casualmente con su antiguo compañero de colegio.

Esto coincidía con la ruina de Román.

Su fortuna estaba en las postrimerías, cuando Luis le presentó una noche en un baile que daba un banquero, corresponsal de su padre, para celebrar el natalicio de su hija Sofía.

Román, aunque estaba acostumbrado al lujo, quedó sorprendido al ver el que se desplegaba en aquella casa, donde se habían dado cita el buen gusto y la riqueza, cosas que tan pocas veces se hermanan, especialmente en aquella época, en que el fausto reconocía por base la comodidad, *confort,* como hoy decimos.

Román sólo conocía de oidas al banquero Pimentel.

Se le habían pintado como un hombre audaz, de gran viveza y de un magnífico golpe de vista para los negocios, lo que hacía que todos le saliesen bien.

De día era nada más que un especulador sútil para triplicar su fortuna en una operación de Bolsa.

Es decir que lo que ganaba de día haciendo cálculos, lo empleaba de noche proporcionándose una vida de príncipe.

Pero la idea que hicieron concebir á Román del banquero Pimentel, no llegaba á lo que vió en su casa durante aquella fiesta.

—¡Este hombre debe ser inmensamente rico!—decía á Carrando, paseando con él por los espléndidos salones.

—No sabe lo que tiene... ni en dinero ni en suerte.

—Creo que es un hombre afortunado para los negocios.

—Di más bien que es el favorito de la fortuna, es amigo de mi padre, y han hecho juntos buenas ganancias.

Mil veces le he oido decir que si Pimentel se asomara al balcón y derramase á sacos monedas de cuatro duros, se le volverían á casa por el mismo sitio, convertidas en onzas de oro. ¡Es una suerte colosal la suya! ¡Quién se lo había de decir!

—¡Pues cómo! ¿Ha sido pobre?

—Un mendigo.

—¿Y cómo ha podido?...

—Ese es su secreto.

Entró de criado en casa de un banquero mejicano hace treinta años; su cargo no pasaba de desempeñar los oficios más viles.

Pero se ingenió de tal modo que pasó al escritorio desde la caballeriza, y soltó la escoba para tomar la pluma.

Esta era su verdadera vocación; habia nacido para los negocios.

Apenas llevaba diez años en la casa, cuando se vió ascendido á tenedor de libros, con participación en las ganancias.

—¡Cáspita!

—Hasta que á la muerte de su principal, entonces socio, heredó de él una regular fortuna con perjuicio de su sobrino, á quien aquel quería como hijo, siendo esta circunstancia la que sorprendió, mejor dicho, escandalizó al mundo financiero de Méjico.

—¡Pardiez! que no es tonto el banquero Pimentel.

—¿De qué artes se valió? Nadie lo sabe, aunque todos convinieron en que no debian ser muy buenas, ni admitidas.

Ello es que, á pesar de su dinero, no era muy bien mirado por los hombres de negocios, por más que no hubiera nada que reprocharle.

Su conducta podía prestarse á comentarios, de los que no salía muy bien parado: pero el antiguo sirviente hacía honor á su firma en todas ocasiones.

Queriendo evitar acaso la animadversión de que era objeto, sin que nadie pudiera tildarle de emplear en sus negocios la mala fe, abandonó la ciudad, y una vez en la Península, estableció en Madrid una respetable casa de Banca, con la misma suerte de siempre.

Hoy su firma representa en la Bolsa muchos millones.

—Tal vez no haya misterio en todo eso.

—Puede suceder que así sea.

—En el mundo de los negocios y del dinero, goza de una gran reputación, según he oído.

—Pero no es feliz: tiene una monomanía que no le deja sosegar.

—¿Cuál?

—La de la grandeza: el día más feliz de su vida sería aquel en que montase en un carruaje propio con un blasón en la portezuela.

—¿Tan difícil le sería conseguir un título?

—Esto no le satisface; un título moderno no llenaría sus aspiraciones.

Y no pudiendo ser de otro modo, anhela para su hija un marido que lleve una ejecutoria antigua...

—¡Ya!... ¡con una orla de títulos de la Deuda!

—Creo que prescindiría de este adorno.

—¿Tal es su mania en ennoblecerse?

—Pudiera ser; porque él tiene dinero suficiente para su hija y para el que sea su yerno.

—¡Para que se verifique que en este mundo todos tenemos un hueso que roer!

CAPITULO LXIV

Jaque

La palabra es buena semilla; en buena tierra fructifica.

Solo que hay plantas que dan malos frutos.

Aquella conversación durante la fiesta que daba el banquero en honor de su hija, tuvo el privilegio de preocupar á Román durante algunos días... y de preocuparle seriamente.

Resultaba en primer término un excelente partido para un hombre que renunciase voluntariamente á la vida de soltero.

Sofía, á los diez y siete años, era una mujer codicia-

ble, que por el desarrollo de sus formas se habia cansado de ser niña.

Tenia el color moreno mate de las mejicanas, los ojos de húmeda mirada, como solo se ven en aquel golfo lleno de poesía, los labios rojos y abultados, formando una boca para brindar besos, y pronunciar palabras llenas de desesperación para aquel á quien desdeñase, el talle breve y voluptuoso de las circasianas, las caderas ondulantes, y el pié diminuto de las gaditanas.

Esto era lo físico.

En lo moral, un corazón de oro.

Y en lo positivo tenia á su padre, que hubiéra causado un terremoto, echando por el balcón toda su fortuna, convertida en oro.

No se podia soñar un partido más ventajoso.

Parecía el hada del dinero.

Esto fué lo que hizo cavilar á Román, por espacio de algunos días, y de no pocas noches. ¡Casarse con ella!

Hé aquí un buen negocio.

Hay que advertir que en aquel partido, de puro completo, sobraba algo.

Román hubiera prescindido de su hermosura.

Le bastaba el dote.

Y que el banquero Pimentel se muriera al día siguiente al de la boda, después de haber hecho testamento en favor de su hija.

Esta idea se fijó en su cerebro como un clavo en la pared.

Y como era buena, se propuso realizarla.

Al efecto se informó, como primera diligencia.

Claro está que constituyendo Sofía una de las mejores proporciones de la Corte para labrar la felicidad de un hombre, se veía solicitada por muchos; unos reuniendo las condiciones que ella merecía, otros sin reunirlas.

Pero todos eran recibidos del mismo modo por la hija y por el padre.

Aquélla los desahuciaba; ésta ponía el *conforme* en la papeleta de desahucio.

El padre preguntaba al solicitante:

—¿Tiene usted títulos nobiliarios?

La hija se contentaba con decirle:

«Soy demasiado joven para casarme.»

Andando el tiempo, é insistiendo en su estado honesto, esta contestación se hubiera modificado así:

«Tengo demasiada edad para contraer matrimonio.»

La opinión más general entre muchachos solteros y viudas de buen ver, aseguraba que Sofía era moralmente insensible.

Por esta razón se la conocía entre la buena sociedad por *la niña de nieve*.

Y costaba trabajo creerlo, porque en ella hacía sensación todo lo noble y todo lo tierno.

La música y la poesía le causaban lágrimas.

Era una niña de nieve hecha de fuego, ó por mejor decir, una hoguera encendida sobre el hielo.

Esto en el caso de ser cierta la opinión general que así lo declaraba.

El banquero estaba contento con que su hija fuese así.

Sin duda alguna esperaba imponerle un marido, cuando le encontrase á su gusto, pues contaba con que su deseo no llegara á imponerse como voluntad.

Tenía confianza en la obediencia de la joven.

Esto fué lo que Román averiguó en sus pesquisas, creyendo también que la voluntad del padre no fuese desobedecida.

A su juicio aquella conquista debía empezar por el banquero.

Y no era difícil, puesto que él contaba con una de las circunstancias exigidas por Pimentel en el que aspirase á ser su hijo político.

Era noble.

Podía hacer que se pintase en las portezuelas de su carruaje una corona de marqués.

Dadas las aficiones del banquero, no era difícil que se encontrasen en sociedad.

Además, Román tuvo muy buen cuidado en frecuentar

su casa hasta donde lo permitía una amistad naciente, sin rayar en indiscreción.

Fácil le fué abrirse camino en la consideración del banquero.

Román hablaba de todo, aunque sin profundizar nada.

Tenía esa conversación frívola, aunque agradable, de los salones.

Había viajado mucho, y conocía las principales notabilidades de Europa, menos en ciencia y en política, á cuyas dos cosas tenía aversión.

Como también había hecho, y hacía, algunas jugadas de Bolsa, demostraba al banquero que también se le alcanzaba algo de negocios.

Esto, su pulido y correcto ademán, su buen gusto en vestir, que acreditaba á su buen sastre, y su fama de calavera y hombre galante, hicieron que Pimentel le prefiriese entre todos sus amigos nocturnos y aun diurnos, por lo que hacía á brujulear un negocio donde podían ganarse algunos miles de duros, que luego perdía al juego, como un gran señor.

Esto por lo que hacía al padre.

Respecto de la hija, el joven marqués se portaba con la mayor corrección.

No quería perder el tiempo, para lo cual era conveniente obrar con calma.

Encierra una gran verdad el dicho de «vísteme despacio, que estoy de prisa.»

El que quiere avanzar mucho, debe andar despacio.

Román se propuso que Sofía le admitiese, primero como amigo desinteresado, para optar después, más fácilmente y con más ventajas á la plaza de amante.

En su presencia era siempre discreto, para ser agradable, y no prolongaba sus visitas para no molestar.

Y así como con su padre hablaba de negocios, de caza y de partidas de *tresillo*, á ella la distraía hablando de modas y de frivolidades, con un poco de crónica escandalosa, que despejaba la frente de la niña, cargada de nubes, y desarrugaba su ceño, casi siempre fruncido.

Con esta discreta y hábil táctica logró ganar en poco tiempo al padre y á la hija, que creían tener en él un verdadero amigo.

Llegó á ser en aquella casa el hombre necesario para todo, más aún, indispensable.

Acompañaba al banquero á la Bolsa, y á Sofía al teatro.

Aquél le consultaba sus negocios; ésta el color de sus adornos y el coste de sus vestidos.

Porque á pesar de tanta confianza, él se mantenía en un terreno neutro.

Ni muy confiado, ni muy ceremonioso; prefería hacerse desear á molestar á sus nuevos amigos prolongando sus visitas.

Cuando creyó hallarse en terreno firme, abordó la cuestión.

Un dia tuvo lugar el siguiente diálogo entre los dos en el despacho del banquero:

—Amigo Pimentel,—le dijo el joven,— necesito que usted me preste atención por un cuarto de hora.

—¡Con mucho gusto! Ya sabe que lo hago siempre que me habla. ¿Va usted á proponerme algún negocio?

—No por cierto; se trata de una cosa superior, y de más estima que todos los asuntos bursátiles; porque voy á hablar de mi felicidad, que depende de usted.

—¡De mí!... ¡no comprendo!... ¿en qué puedo yo contribuir á que usted sea dichoso?

—Va usted á saberlo: una casualidad, encarnada en nuestro común amigo Carracedo, me proporcionó hace cuatro meses el placer de conocer á usted y á su adorable hija; después tuve el honor de que me contaran ustedes en el número de sus amigos más íntimos.

—Sus relevantes dotes le alcanzaron ese puesto en nuestra consideración; siendo usted quien es, era natural que obrásemos así.

—¡Mil gracias!...

—De manera que lo que usted conceptúe un honor, se lo debe á sí mismo.

—Pues bien, yo entré en esta casa por la puerta de la amistad sin aspirar á más...

—¿Y hoy?

—Hoy es otra cosa: ustedes me han acostumbrado á la intensidad de su ameno trato, y esto no podía menos de arrastrar cierta consecuencia que yo y cualquiera juzgaría inevitable.

No es dado á nadie, que vive aún dentro de la juventud como á mí me sucede, permanecer un día y otro al lado de Sofía, sin confesarse rendido adorador de sus encantos.

—¡Ah!... ¿Vamos á tratar de mi hija?

—¿Le molestaría que yo insistiese!

—¡Nada de eso! Creo que lo que usted me dice es natural y lógico. Para despertar mi extrañeza era necesario que yo fuera un padre salvaje, y enteramente ajeno á lo que pasa en el trato social.

—Entonces prosigo.

—¿Para qué? Quiero ahorrarle el trabajo de explicarme lo que adivino: ¿está usted enamorado de Sofía?

—Ciertamente... y pretendo el honor de ser su esposo.

Un signo de satisfacción se pintó en las facciones del banquero.

Había encontrado al fin el yerno que tanto deseara.

Román era marqués.

Su hija podía ostentar una corona en su ropa blanca y en su vajilla.

El sería el padre político del señor marqués de Moratalla.

Aquel signo de satisfacción no pasó desapercibido para Román, que estudiaba en el rostro del banquero el efecto que producían sus palabras.

Así, pues, continuó, más animado cada vez:

—Sentiría que usted me tachase de atrevido al oír que mis deseos se dirigen al objeto indicado.

—Al contrario, amigo mío; he dicho antes que encontraba muy lógica su proposición; ahora añado que además es honrosa para Sofía y para mí.

—¡Yo soy el honrado con tanta benevolencia!

—Ahora bien; ¿está enterada mi hija del paso que da usted en este momento?

—No he hablado con ella una palabra; no se ha cruzado entre nosotros una frase de amor.

He querido contar con usted como amigo, antes de explicarme con ella como amante.

Si usted no me daba su voto, ¿á qué le había de molestar?

—Me agrada esa delicadeza tan exquisita...

—Más que por mí, prefiero que Sofía sepa por usted de lo qué se trata.

De este modo, usted y ella verán que voy por el camino derecho.

—Me da usted un encargo algo espinoso, señor marqués; yo, aunque lego por mi edad en esas materias, después de agradecerle tanta deferencia, creo que un amante puede expresarse con el objeto de su cariño, mejor que un padre.

—Yo también lo creo así; pero como quería obtener su autorización...

—Me parece que ya he dicho bastante sobre el particular. Si ella admite su cariño, yo accederé gustoso; de la misma manera me opondría en caso contrario, porque no quiero torcer su voluntad.

—En ese caso, ¿no habrá inconveniente en que yo mañana?...

—Ninguno: queda usted autorizado para exponerle su pretensión y que ella resuelva.

Nada prejuzgo, pero creo que será de su agrado, porque siempre he creído ver que le trata á usted con cierta deferencia que yo aplaudo.

—Entonces, mañana mismo sabré á qué atenerme.

Román se despidió del banquero, frotándose las manos con satisfacción.

Creía haber ganado la batalla, contando con su aquiescencia.

Pimentel era un buen aliado, que haría su causa, influyendo en su ayuda en el ánimo de Sofía, caso de que fuese necesario.

Si bien es verdad que era ésta la que tenía que decidir, abrigaba la esperanza de que lo haría en su favor.

Porque, como decía su padre, siempre le distinguía.

Podía no estar enamorada de él; pero le apreciaba, y muchas veces de la amistad al amor no hay más que un paso muy corto.

Triunfaba en toda la línea.

Iba á ser rico.

A menos qué...

Porque no había hablado de una cosa muy esencial.

Del mal estado de su fortuna; de la nulidad de sus esfuerzos para reponerla.

Carracedo le había dicho que el banquero prescindiría de todo con tal de que el yerno llevase un título de nobleza.

Pero esto podia ser una exageración de su amigo.

Era natural que el padre exigiese de él alguna fortuna, aunque modesta.

Los millones que llevase en dote su hija, le parecían excesivos para pagar un título nobiliario, que al fin y al cabo no se refería al abolengo de las antiguas casas de la aristocracia española.

Román, marqués y todo, no podía cubrirse ante el rey, careciendo de ciertos privilegios de que goza la casa de un infanzón.

Tenía entrada en palacio, pero por invitación y no por derecho propio, y sobre su título había otros muchos en la Guía oficial.

Pero Román contaba en primer término con enloquecer á la muchacha.

Ya había dicho que no torcería su voluntad.

Accediendo ella, el banquero no tendría nada que oponer.

En una palabra, estaba en tan buen tenedero, que él mismo se admiraba de que un negocio tan capital no presentase ningún obstáculo.